

Joseph Heath

***Lucro sucio. Economía para los que odian el capitalismo,***  
Editorial Taurus, Madrid, 2009, 357 páginas

Luis Antonio Sáez Pérez

[lasaez@unizar.es](mailto:lasaez@unizar.es)

*Departamento de Estructura e Historia económica y Economía pública, Facultad de Economía y Empresa, Universidad de Zaragoza. Gran Vía, 4, 50005 Zaragoza-España.*

Recibido: 28 de noviembre de 2011

Aceptado: 28 de marzo de 2012

---

### Resumen

Gran parte de los argumentos que inspiran el debate social en torno a los gobiernos y los mercados, y sobre sus respectivos fallos, no tienen una base lógica ni empírica suficientemente sólida y, sin embargo, se enarbolan para promover políticas económicas radicales, unas liberales y otras intervencionistas. En *Lucro sucio* Heath somete a un contraste interdisciplinar, incluso intradisciplinar, las falacias que subyacen a esas propuestas. La manera minuciosa como este filósofo lo lleva a cabo, apoyado en lo cotidiano y siempre con rigor, supone un ejercicio interesante para repensar, además de la realidad que se analiza, las actividades docentes e investigadoras. Especialmente para las clases, ofrece un variado conjunto de ensayos con los que cuestionar las políticas desde la *Economía pública* y mostrar su idoneidad.

**Palabras clave:** Economía política, intervencionismo, liberalismo, aprendizaje.

**Códigos JEL:** A13, H10, P10

---

## 1. INTRODUCCIÓN

*Lucro sucio* no es un libro que enseñe economía, pero sí es muy útil para su aprendizaje. No introduce ni sistematiza teorías o políticas económicas, pero sí contribuye a depurarlas con sentido crítico, y en esa difícil meta resulta un texto muy estimable para leer y discutir.

Heath, su autor, es un filósofo con el que es difícil perderse en derivas especulativas o conceptualismos enrevesados, más bien al contrario. Sus tesis rezuman un estilo directo y un afán práctico de quien gusta de escribir a contracorriente desmitificando los debates, como en el controvertido *best seller* sobre la contracultura, el elitismo y el mercado, *Rebelarse vende*, sin que por ello eluda el rigor debido gracias a un conocimiento sólido de las disciplinas sociales, pues pertenece al claustro de la Escuela de Gobierno y políticas públicas de la Universidad de Toronto<sup>1</sup>. Él mismo distingue entre su faceta popular, a la que además de los dos libros citados pertenece también *La sociedad eficiente*, y la académica, una parte de la cual profundiza en campos coincidentes con la economía, como la elección racional, la ética de los negocios, la metodología social, o los dilemas entre libertad e igualdad. Es decir, presenta suficientes avales científicos para examinar a los mercados y a los gobiernos en su perenne confrontación, y de

encontrarnos en otro tiempo sería reconocido como un economista político o un filósofo moral preocupado por las causas de la riqueza y el bienestar de sus conciudadanos.

Su libro se estructura en un conjunto de ensayos, complementarios pero autónomos, en los que se combate una docena de lo que su autor califica como confusiones que engendran falsedades. Las seis primeras, empleadas por quienes defienden los mercados a todo trance, “falacias económicas favoritas de la derecha”, y el resto por quienes promueven ciegamente posiciones intervencionistas, esto es, las “falacias económicas favoritas de la izquierda”, precedidas por una *Introducción* y seguidas por un *Epílogo*<sup>2</sup>. De manera que el subtítulo, *Economía para los que odian el capitalismo* debería ser reescrito para mostrar que también hay críticas hacia quienes lo ensalzan sin fundamento, de una manera visceral.

En estas tareas, el autor emplea la lógica en su versión más elemental, casi siempre con razonamientos inductivos y por analogía, provenientes de historias concretas, pero muy sólidos en su construcción y ágiles en su redacción. Hilvana en un mismo relato los aspectos micro de nuestra conducta con sus consecuencias agregadas, lo que le permite detectar una amplia variedad de contradicciones inapreciables en las corrientes académicas y políticas preponderantes, poco atentas a las excepciones y matices. Brevemente se comentan sus contenidos.

## 2. SOBRE EL MERCADO

Las críticas a los forofos del mercado se centran en dos ámbitos, uno de índole más analítica y otro más aplicada. En el primer caso acomete las simplificaciones idealizadas de la teoría neoclásica más radical que sirven de coartada político económica al liberalismo más acérrimo. Son los tres primeros capítulos en los que explica, respectivamente, que el mercado necesita de contrafuertes políticos, que la modelización económica convencional de la personalidad humana es un disparate y que deducir políticas de unas hipótesis irreales en torno a un mercado competitivo inexistente es arriesgado.

Así, el primer engaño de “los apóstoles del mercado” que el autor trata de trivializar es la existencia de un orden espontáneo mercantil y capitalista, pues un sistema económico complejo necesita algo más que un mero Estado mínimo. Nada nuevo que no se cuente en los primeros temas de *Economía pública*, pero sí en cuanto a su forma combativa, coloquial pero meticulosa de abordarlo, repleta de cuestiones cruciales “sobre la imposibilidad de conseguir una economía de mercado sólo a partir del interés propio” (p.48), con las que afea la estética libertaria de ciertas teorías muy reconocidas pero poco contrastadas en términos lógicos e históricos, y debilita el fundamentalismo político económico tan actual de quienes en la miniaturización de todo gasto, regulación u órgano públicos han encontrado el pretexto para gobernar sin evaluar alternativas ni consecuencias.

El segundo tema tiene un calado más analítico y afecta a algunos de los saberes convencionales de la ciencia económica, pues evidencia que “los incentivos (entendidos como estímulos externos) no son lo único que importa”, y que una modelización más realista y matizada de las motivaciones (que incluyen razones internas y valoraciones sobre los principios) es imprescindible, puesto que “los incentivos son increíblemente complejos” (p.66). El mercado y la economía desbordan lo monetario, así como el poder y el prestigio no son las únicas variables que motivan a los miembros de una organización, por lo que replantear la modelización de las personas es una tarea imprescindible intelectualmente, pero

tanto o más ética y socialmente dado que muchas políticas, de nuevo casi todas las actuales con que se redefinen los Estados del bienestar o las reglas básicas de los racionales y autosuficientes mercados, se inspiran en estos supuestos falsos.

La tercera cuestión a debate es la de que las modelizaciones idealizadas de los mercados como un “mundo sin fricciones”, en equilibrio y plenamente eficientes, son irreales y poco operativas, e inducen errores en las políticas que inspiran. A partir del *teorema del segundo óptimo* de Lipsey, Heath recuerda que muchas de las conclusiones alrededor de la competencia perfecta adoptadas por los *policy-makers* son equivocadas, ya que una vez que no se consigue la solución óptima de equilibrio, lo cual es lo más habitual dadas sus circunstancias tan excepcionales, cualquier aproximación es inclasificable, bien suponga una estrategia muy similar o completamente opuesta. No hay comparación posible de manera inmediata entre posiciones que no se deriven de la única solución de equilibrio. Se requerirán estudios específicos más minuciosos, teniendo en cuenta el contexto y con hipótesis alternativas.

De manera que la generalidad con que se proponen medidas de política económica relativas a la competencia y la supremacía de un mercado poco regulado es arriesgada, porque carece de una base lógica universal y convendría tenerlo en cuenta. No obstante, más que discutir sobre la invalidez radical de una teoría convendría plantearlo en términos de exigencias metodológicas adicionales y prudencia académica, algo que Heath no aclara suficientemente en el capítulo y puede inducir a un marasmo intelectual por el *todo vale ya que nada es cierto*, que sería peligroso.

Las críticas de Heath más severas a las propuestas de las políticas económicas liberales se concentran en los prejuicios respecto de los impuestos, las ayudas sociales y la inevitabilidad de la competencia a escala internacional, que siempre concluyen en una menor importancia presupuestaria del Estado y desregulaciones de los mercados.

Así, se ha convertido en una obviedad entre gran parte de la ciudadanía, incluso entre bastantes de quienes se definen como progresistas, que se pagan muchos impuestos, y de semejante tesis se derivan desde hace tiempo interminables reformas fiscales y ajustes presupuestarios. Sin embargo, si se comprueba detenidamente su fundamento, como hace Heath en el capítulo cuarto, se observa la incapacidad entre el común de las gentes, pero también en muchos tecnócratas, para reconocer la necesidad de la acción colectiva para la provisión de bienes públicos, y la falta de reflexión sobre su incidencia así como sobre sus costes y beneficios. Estos desenfoques de índole conceptual se amplifican en un clima social de aparente escasez, o menor opulencia, debido a las incertidumbres que provocan la globalización así como las crisis financieras y soberanas recientes. Heath desmonta los clichés antiimpuestos con sencillez, rigor y cotidianidad, mediante una pedagogía elemental complementaria de las más analíticas, que para el ámbito práctico de la *Economía política*, la efectivamente aplicada, se muestra mucho más pertinente. Y le permite concluir que la presión fiscal es una noción subjetiva dependiente del nivel negociado entre los ciudadanos sobre los servicios públicos a recibir.

De manera complementaria, dos capítulos después, en el sexto, combate la proclama liberal de que los sistemas de ayudas y transferencias públicas a los más desfavorecidos son perversos porque generan su indolencia y consolidan su marginalidad. De manera muy similar a como lo defendía Malthus, economistas y politólogos neoconservadores proponen en la actualidad abolir o reducir al extremo las políticas frente a la exclusión. Para filtrar sus tergiversaciones, Heath argumenta de una manera más típicamente económica que en anteriores páginas, sin apenas alusiones ideológicas, al plantear el debate en términos del riesgo

moral implícito en toda relación de agencia y contratos incompletos así como en los problemas inherentes a la incertidumbre generalizada en economías complejas.

En esa línea, el autor reconoce que los programas sociales del Estado del bienestar posibilitan la discrecionalidad de los ciudadanos, de manera que podrían inducir conductas poco cuidadosas con su salud y una escasa exigencia para aprovechar sus talentos profesionales, si consideran que van a ser siempre compensados adecuadamente cuando se lesionen, incurran en desempleo o tengan unas rentas muy bajas. Pero también es consciente de que se trata de algo excepcional y su coste es asumible por el sistema de protección social en su conjunto, pues si bien “el riesgo moral es un serio problema, [...] no es un ‘ácido universal’ capaz de disolver cualquier obligación moral” (p. 145). Por lo que, aunque existan esas conductas estratégicas desleales y costosas, que erosionan las finanzas públicas y el capital social de un país, globalmente la ganancia colectiva es muy superior al caso en que no existieran este tipo de seguros públicos. Es decir, a partir de un análisis coste-beneficio sobre la base de cuánta eficiencia gana una sociedad asegurada contra la mala suerte generadora de pobreza y los costes de la falta de responsabilidad personal o de incurrir en el riesgo moral, se deduce la conveniencia de las políticas de solidaridad. Sin apelar a sentimientos ni valores, sólo a la razón, sale a cuenta.

En el quinto ensayo también aborda otro tema clásico de la economía, el de la competitividad o productividad en términos internacionales, que él considera irrelevante. Frente a las amenazas que los empresarios identifican en los nuevos países emergentes, con mercados laborales más flexibles y regulaciones menos exigentes y, por tanto, marcos institucionales presuntamente más favorecedores de la eficiencia, Heath contraataca con la ventaja relativa de Ricardo, el carácter microeconómico de la competitividad, que no macro, y la reasignación espontánea de factores entre actividades y empresas innovadoras y obsoletas en los países desarrollados. Si bien en términos reales y de corto plazo sus argumentos resultan muy idóneos, se ha de señalar que omite la vertiente financiera del asunto pues no entra en la insostenibilidad del déficit exterior, ni en la distorsión que las divisas, en su función adicional como activos, pueden generar. Temas que sin desdejar sus tesis introducirían importantes matices y ampliarían el debate. En cualquier caso, el neonacionalismo económico como justificación de políticas desreguladoras para competir en la globalización queda noqueado en este capítulo, que es de lo que trataba el autor.

### 3. SOBRE EL GOBIERNO

En la segunda parte del libro las controversias con los incondicionales de los gobiernos giran, fundamentalmente, en torno al concepto de justicia. En varios capítulos se dirimen ciertos tópicos microeconómicos al respecto, como los precios y comercio justos, salarios y retribuciones equitativos, y los beneficios, siempre calificados desde esta parte como abusivos. Temas que, como señala el autor, suelen arrastrar errores de partida muy graves acerca del propio concepto de equidad y muy contumaces en cuanto a no advertir las consecuencias que se derivan de las políticas para solucionarlos, que vienen a ser prácticamente todos los *fallos del no mercado*. En los dos ensayos restantes, en cambio, se introducen debates más genéricos y transversales, como la caducidad del mercado y, por tanto, del capitalismo, que Heath no cree factible en términos históricos y, menos aún, analíticos, y la tergiversación del sentido de la igualdad en lo social, que no ha de juzgarse por los resultados, sino en función de los riesgos y oportunidades.

La primera de las críticas a los intervencionistas se plantea en la capítulo séptimo en torno a su obstinación en modificar los precios, especialmente de los bienes considerados de carácter básico, a la baja, con la finalidad de hacerlos más accesibles a los pobres. El autor explica con vistosos ejemplos las funciones que cumplen los precios según la teoría microeconómica más convencional, y cómo su distorsión genera problemas en la eficiencia de las decisiones pero también en la equidad, ya que abaratar la energía, los cafés o los alquileres favorece por igual a ricos que a pobres. Tampoco el *comercio justo* escapa de las contradicciones, pues las compras que han llevado a cabo empresas y ONGs para adquirir bienes por encima de su bajo valor del mercado han originado desequilibrios en los cultivos de los países afectados, oscilaciones erráticas en precios que dificultaban las inversiones y deforman los incentivos. De manera que lo más adecuado para fomentar la equidad, tanto para consumidores como para productores, la eficiencia no lo discute nadie, es dejar actuar a los mercados y no intentar fijar artificialmente un *precio justo*. Sus distorsiones implican, casi siempre, beneficiar a quien no lo merece.

El segundo fetiche izquierdista que el autor propone desacralizar es el de la estigmatización del beneficio, confundido con la codicia de directivos y gerentes o con las rentas excepcionales derivadas de un mercado poco competitivo. Con tintes *smithianos* explica, en primer lugar, que los beneficios pueden ser autónomos de las ganancias individuales de los gestores de las empresas, los cuales, en bastantes ocasiones, actúan al margen de los objetivos de los accionistas y clientes acaparando rendimientos inmerecidos. Por otro lado, la existencia de beneficios, si se corresponden con la actividad empresarial, atrae nuevos oferentes que dan lugar a que desaparezcan conforme aumenta su competencia; y si, en cambio, tienen que ver con rendimientos de escala crecientes o monopolios naturales, están regulados y muy limitados. Es decir, en mercados eficientes no hay problema porque sólo reflejan una merecida ventaja inicial consecuencia de una innovación y de un carácter emprendedor, con caducidad inmediata conforme avanza el ciclo de vida de los productos. Pero el beneficio en sí mismo no es malo, y no se puede, y, por tanto, no se debe, desviar a las empresas de su búsqueda, porque sería antinatural.

En el siguiente ensayo Heath critica las confusiones progresistas en torno a la inevitable levedad del capitalismo, en la que se regocijan de manera simplista con más y más políticas, incluso con sistemas centralizados que erradiquen los mercados antes de que llegue el desorden general. Así, muchos de los debates económicos cotidianos se magnifican envueltos en un tono apocalíptico sobre su insolubilidad, bien en los términos clásicos de Marx derivados de las crisis de sobreproducción, bien desde las tesis ecologistas más recientes.

En relación a los primeros, el autor alega las ideas de Say sobre los reequilibrios automáticos entre oferta y demanda agregadas, así como las soluciones keynesianas cuando se incurre en las excepcionales trampas de liquidez. En su opinión, tanto la crisis de la Gran Depresión como la iniciada hace unos años no son sistémicas, y con las dosis convenientes de política monetaria y fiscal, el mercado recobraría su pulso. No se trata de problemas estructurales y radicales, sino de escasez de demanda y disfunciones monetarias en coyunturas muy concretas.

Sobre los segundos, Heath parte de nociones más elementales. Distingue entre crecimiento y desarrollo para desbordar retóricamente a los ecologistas en sus restricciones físicas al capitalismo y mostrar con variados ejemplos cómo en las sociedades avanzadas la generación de riqueza es cada vez más inmaterial y cualitativa. De manera que los *fallos del mercado* son sólo eso, imperfecciones que se pueden reparar dentro del sistema, y sólo la falta

de perspectiva histórica y analítica del intervencionismo más tremendista, en su opinión, puede basarse en ellos para decir que el capitalismo está condenado.

El bloque de capítulos críticos con los intervencionistas se iniciaba con la imposibilidad de definir políticamente el *precio justo*, y al llegar al cuarto de ellos Heath retoma una variante del mismo, la igualdad salarial. Para combatir los errores congénitos a esa pretensión y las políticas que la promueven mantiene que las brechas retributivas no pueden reducirse aludiendo a la equidad o la injusticia, sino a la eficiencia, en concreto, a la productividad, y siempre dentro de un contexto económico y social en que se relativizan. De manera que redefinir los salarios en contra de lo que marcan los mercados laborales, si estos están bien configurados, resulta inútil. En condiciones normales los salarios de un país o región dependen de las productividades de cada desempeño profesional. Pueden darse tendencias genéricas a la igualación si se padece *la enfermedad de Baumol*, que beneficia principalmente a los trabajos en el sector servicios, con escaso margen para incorporar tecnologías más productivas, o como consecuencia de mantener una cierta cohesión interna dentro de empresas y organizaciones, de manera que no surjan agravios comparativos entre colegas y compañeros, entre *trabajadores internos y externos*. Pero forzar las correcciones con pretensiones igualitaristas sólo ocasiona ineficiencia e inequidad.

En esa línea, señala Heath algunas de las consecuencias perversas de las discriminaciones positivas salariales en función del género, etnia, cargas familiares u otras circunstancias que se consideren penosas. Porque la productividad relativa es el punto al que gravita toda remuneración laboral, matizada por el coste de oportunidad que el profesional experimenta al ser contratado específicamente para un puesto. Por lo que, y es su tajante conclusión frente al *buenismo* de la igualdad salarial, intentar salirse de esa regla sólo dará lugar a “políticas de mercado de trabajo impracticables” (p. 263).

De manera paralela a como se desmenuzaban conceptualmente en páginas previas, del primer bloque, los desenfoques y simplezas de la crítica conservadora a las políticas frente a la pobreza, concentrando el debate en el ámbito personal del *riesgo moral* y los incentivos, también el reverso progresista de intentar repartir la riqueza es objeto de varapalo intelectual por Heath en el undécimo ensayo, a partir de una tesis muy concisa. La de que la pobreza es antes que nada consecuencia de un error de cálculo en las decisiones, “un *descuento hiperbólico* [...] La gente pobre no sólo está falta de dinero; también tiende a hacer elecciones extraordinariamente malas con el dinero que tiene” (p. 267). Las carencias de renta serían un síntoma pero no su causa, que radica en la falta de previsión y prudencia.

De nuevo Malthus inspira estos argumentos, que se ejemplifican con estrepitosos fracasos de programas contra la exclusión que no tienen en cuenta la peculiar psicología de los más necesitados. Sin dejar de ser relevante ese enfoque individual e introspectivo de la marginalidad que propone Heath, prescinde de una reflexión crítica en la que preguntarse si la ansiedad de los más pobres y sus errores sistemáticos no derivan de fundamentos más profundos combinados con un trasfondo social más complicado. Queda aclarado por parte del autor que repartir sin más la riqueza no soluciona las raíces de la pobreza; pero identificar como principal causa de ésta la falta de previsión de los pobres, limitación psicológica que no es privativa de ellos, no parece, en mi opinión, ser la respuesta más rigurosa.

La última tesis intervencionista que Heath trata de desmontar es la de que la igualdad es una meta tan importante que puede pretenderse aun a costa de la eficiencia. Una apuesta radical por equiparar a todos que, como denuncia el autor, se traduce en demasiadas ocasiones en una igualación por lo bajo, en impedir que los más dinámicos de una sociedad

mejoren si los que peor están avanzan a un ritmo menor. Para superar este tipo de políticas alude a algunos conceptos erróneos en los que se inspiran.

En primer lugar, que la igualdad relativa no es un criterio absoluto cuando se pretende que la gente escape de la pobreza (absoluta). Así, Heath recuerda que es una dinámica mucho más favorecedora de los pobres la de un país que crece mucho y en el que se benefician en mayor grado los más ricos, que la de uno estancado o con un crecimiento tan reducido en el que apenas se manifiestan diferencias en rentas. Al cabo de un período no muy largo, los pobres del país dinámico tendrán un nivel muy superior a la clase media del país de crecimiento lento.

Por otro lado, muchas de las políticas redistributivas que se plantean no lo son en verdad, pues su carácter genérico, universal, cuando el servicio que proporcionan no se trata de bienes públicos, o de un club muy amplio, implica beneficiar a grupos sociales que no merecen ese trato positivo. Tratar igual a los desiguales es un contrasentido. No obstante, podrían admitirse excepciones si se tratara de una actividad en la que el lucro particular puede implicar problemas de riesgo moral e internalidades en los agentes que lo gestionan, como la salud o el cuidado de niños, y la gente puede preferir su provisión política antes que por empresas privadas, a pesar de los posibles costes en ineficiencia y equidad.

También critica a los intervencionistas por confundir política redistributiva con conseguir que haya igualdad en los resultados y en el consumo de los servicios fundamentales. Porque si se provee lo suficiente de un bien básico o derecho y se permite que quienes tengan una intensidad más fuerte en ese ámbito puedan adquirir más, no habría problema. Es compatible un consumo desigual con una gestión pública equitativa en cuestiones como la educación o la sanidad, siempre que los niveles básicos estén asegurados para todos. Lo contrario sería limitar más de lo debido la libertad individual.

En cambio, plantea un enfoque alternativo de la redistribución cuando defiende intervenciones públicas que contribuyan a socializar incertidumbres y riesgos, ya que en ese caso la tendencia a igualar los resultados finales es consecuencia de aprovechar las economías de escala, o las leyes de los grandes números, en su cobertura y las alternativas del mercado serían más ineficientes o inexistentes. Pero es una justificación de tipo asignativo más que equitativo.

De manera que Heath defiende un “igualitarismo oportunista (sic, de oportunidades), que busca favorecer la igualdad sin nivelar por abajo” (p.309), es decir, que las posibilidades sean de partida semejantes y en el momento de hacerlas efectivas las diferencias sean consecuencia de esfuerzos o preferencias más intensos, y no se entrometa el paternalismo izquierdista intervencionista para impedirlo.

#### 4. CONCLUSIONES

En el epílogo el autor justifica su trabajo y sus conclusiones, éstas a manera de corolario de las deducidas en cada capítulo, sin adenda reformista. En contra de lo habitual, sostiene que no hay un desenlace sencillo sobre los mercados y los gobiernos que permita trazar soluciones inmediatas. “En estudios de crítica social, el equivalente en la no ficción a un final feliz es un breve capítulo que muestre cómo todos los problemas identificados en el trabajo se pueden resolver a través de una serie de medidas políticas simples y eficaces” (p. 311). No es el caso.

Las opciones entre mercado y gobierno requieren análisis detenidos y las dudas nunca desaparecen.

Porque la economía es compleja, y sus interminables interdependencias requieren apuntes milimétricos que chocan con el gusto por los enunciados simples, fácilmente comprensibles e igualmente sencillos de defender, los cuales no suscitan replanteamientos de prejuicios y saberes, pero sí seguridades intelectuales y prácticas. Así, los prosélitos del mercado alegan a “principios fundamentales imaginarios” y los del gobierno mantienen que “cualquier *injusticia* aparente en la economía se puede resolver dando órdenes o cambiando las leyes” (p.320). En modo alguno se asoman estos antagonistas al exterior de sus entornos, para preguntarse sobre el realismo de sus intuiciones convertidas en hipótesis fundamentales, ni repasan la consistencia perdida en algún eslabón de su rígida cadena de conclusiones. Por eso, que quien denuncia reiteradamente la imprecisión conceptual, las incoherencias entre lo individual y lo colectivo, la omisión de lo psicológico en lo social, los desencuentros entre la teoría y la práctica, resumiera en una sencilla esquema la clave con que superarlos, no sólo sería fraudulento intelectualmente, sino poco estético.

A pesar de este cierre en falso, en todo caso, es mi opinión, Heath consigue en gran medida lo que pretende, pero no tanto en lo sustantivo de su exposición, convencer de la inevitabilidad del mercado, imperfecto y corregido, que creo que requeriría un tratamiento más analítico en sus ensayos, sino en cuanto a su talante y modales científicos, en evidenciar la exigencia intelectual y moral de discutir abiertamente las políticas económicas y las teorías que las inspiran, sin eludir materias ni sofismas. También embellece este libro la forma como está escrito, en un lenguaje asequible a personas instruidas y preocupadas, sean economistas o no, y con razonamientos lógicos y discutibles, en su versión más accesible del sentido común.

*Lucro sucio*, por tanto, puede ser un instrumento idóneo para las clases, primero, por facilitar unas primeras aproximaciones sobre el enfoque metodológico convencional y en qué modo debería ser ampliado. Es bastante habitual que los alumnos critiquen la falta de realismo de nuestras explicaciones, la brecha tan grande que encuentran para trasladar nuestros contenidos al campo aplicado de su futuro profesional y de su presente cívico, y aumenten su escepticismo sobre nosotros, docentes, y, peor aún, sobre ellos mismos, respecto de sus propios logros conforme avanzan en su graduación. Frente a ello, y en línea con lo que Colander (1992) y J. N. Keynes (1891) calificaban como el *arte de la economía*, este libro permite combinar la economía normativa con la positiva para debatir sobre soluciones concretas, con talento<sup>3</sup>. En el planteamiento de los temas hay un interés deliberado porque la discusión contenga rigor y aplicabilidad, por contraponer las teorías entre sí y frente a la realidad, para apreciar su aptitud reformista. De forma que el complicado ensamblaje de horas teóricas y prácticas cuando planificamos nuestros cursos puede encontrar en *Lucro sucio* un elemento en el que apoyarse y reivindicar su dimensión *artística*.

Además, también puede convertirse en una herramienta para el “aprendizaje profundo”, que propone Bain (2005, 50-52), más allá del “superficial” y del “estratégico”<sup>4</sup>, en la medida que contribuye a ejercitar la reflexión del alumno dentro de unos cauces rigurosos a la par que estimulantes. El índice de temas –incentivos, competencia, economía internacional, precios y beneficios, diferencias salariales, igualdad, pobreza– incluye bastantes de las controversias más relevantes entre lo privado y lo público, muchas de ellas abordadas en sus estrategias docentes y aspectos pedagógicos en *e-pública*. Un texto así, que exige respuestas reflexivas pero que tanto o más reformula las preguntas, contribuye a esa meta tan ilusionante como difícil de Finkel, de *Dar clase con la boca cerrada* (2008), “Dejar que hablen los libros” (capítulo segundo) y “[Vamos a] indagar juntos” (capítulo cuarto). Si como reseñaba Ruiz-Huerta (2009: 52) en torno a dicho

libro, los textos “han de estimular la búsqueda de respuestas a los problemas presentes... (planteando) enigmas, paradojas y parábolas”, *Lucro sucio* sería una referencia clave. Los casos que expone incitan a discutir en paralelo a la lectura, multiplicando perspectivas y reconsideraciones, criticando constructivamente, de manera que el aprendizaje sea personal y autónomo, más auténtico.

En tercer lugar, el hecho de que el debate lo planteo en el espacio más amplio de lo social, de manera que disponer de las herramientas económicas no dé *a priori* más ventaja que las de su propio rigor, sin incurrir en gremialismos de afines comprensivos a los propios deslices, permite ampliar la polivalencia del libro. Los temas tratados desbordan lo económico, en sentido estricto, y permiten intercambiar argumentos en torno a gobiernos y mercados con estudiosos de otras áreas, en el plano académico así como en el más aplicado. En un momento de reformas docentes en que se redefinen asignaturas y materias de carácter introductorio, surgen otras con un enfoque multidisciplinar, junto con postgrados en que la *Economía pública* es una materia transversal dentro de programas muy abiertos, puede formar parte de la estrategia docente un texto que propicia el diálogo entre las ciencias sociales. Alrededor de *Lucro sucio* es posible introducir discusiones elementales junto con otras de más calado analítico sobre los contenidos básicos de la *Economía pública* –fallos del mercado, fallos del no mercado, economía del comportamiento, eficacia *vs.* equidad, pobreza- dentro de una didáctica abierta y participativa que simultanee disciplinas complementarias.

En suma, como todo libro que incide en polémicas político económicas, teóricas y prácticas, presenta aspectos discutibles en sí mismo, ya que sus fundamentos están muy condicionados por los contextos que se analizan y los juicios de valor subyacentes en casi todos los párrafos, si bien Heath se esfuerza en explicitarlos. Pero asumida esa fragilidad, que es consecuencia de su audacia y minuciosidad lógica, nos encontramos ante un texto muy didáctico, en la medida que promueve el sentido crítico y un aprendizaje consciente, profundo y maduro.

De ahí que la sugerente cita del Eclesiástico con que arranca el libro, sobre lo nefasto del mercado<sup>5</sup>, creo que debería sustituirse, o, al menos completarse, con la que sigue unos versículos después<sup>6</sup>, ya que introduce mucho mejor a este excelente libro, que antes que nada suscita la criba de nuestros razonamientos.

## Notas

<sup>1</sup> Página personal: < <http://homes.chass.utoronto.ca/~jheath/> > [Consultada el 28 de noviembre de 2011]

<sup>2</sup> Dos capítulos inéditos, “Spare the rod, spoil the child” y “More democracy” pueden consultarse electrónicamente en su página personal < <http://homes.chass.utoronto.ca/~jheath/Oldch3.pdf> > y < <http://homes.chass.utoronto.ca/~jheath/Oldch11.pdf> > [Consultadas el 28 de noviembre de 2011]

<sup>3</sup> Colander (1992, 196) “If economists accepted that the appropriate methodological conventions were those of the art of economics, graduate training would change significantly. Most students would be taught to interpret, use, and apply theory, not to develop it.”

<sup>4</sup> Monasterio (2006, 66). “3°. Aprendizaje profundo. Estudiantes que asumen el desafío de dominar la materia, metiéndose dentro de su lógica y tratando de comprenderla en toda su complejidad. Los estudiantes que llegan a ese nivel de compromiso llegan a ser pensadores independientes, críticos y de mente creativa”

<sup>5</sup> Eclesiástico 27, 2: *Entre la juntura de las piedras se clava la estaca, y entre la compra y la venta se desliza el pecado.*

<sup>6</sup> Eclesiástico 27, 4-7: *Se agita la criba y queda el desecho, así el desperdicio del hombre cuando es examinado.*

*El horno prueba la vasija del alfarero, el hombre se prueba en su razonar.*

*El fruto muestra el cultivo de un árbol, la palabra, la mentalidad del hombre.*

*No alabes a nadie antes de que razone, porque esa es la prueba del hombre.*

## Agradecimientos

El autor agradece las recomendaciones de los evaluadores, así como los comentarios de Julio López y Fernando Rodrigo.

## REFERENCIAS:

- Bain, K. (2005). *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*, Valencia: Universidad de Valencia.
- Colander, D. (1992). “Retrospectives: The Lost Art of Economics”, *Journal of Economics Perspectives*, **6 (3)**:191-198.
- Finkel, D. (2008). *Dar clase con la boca cerrada*, Valencia: Universidad de Valencia.
- Heath, J. (2002). *The Efficient Society: why Canada is as Close to Utopia as It Gets*, Toronto: Penguin.
- Heath, J. y Potter, A. (2005). *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura*, Madrid: Taurus.
- Keynes, J. N. (1955). *The Scope and Method of Political Economy*, New York: Kelley and Millman, Inc., 4ª edición, 1891.
- Monasterio, C. (2006). “Recensión de *Lo que hacen los mejores profesores universitarios* de Ken Bain”, *e-pública. Revista electrónica sobre la enseñanza de la Economía Pública*, **1**: 66-69.
- Ruiz-Huerta, J. (2009). “Recensión de *Dar clase con la boca cerrada* de Don Finkel” *e-pública. Revista electrónica sobre la enseñanza de la Economía Pública*, **6**: 49-60

## Abstract

Most of the thesis underpinning the debate about government and markets, and their respective failures, lack logical or empirical bases, although they promote radical policies, some liberals and some others interventionists. Heath, at *Filthy lucre*, contrasts the fallacies underlying these proposals from an interdisciplinary and intra-disciplinary point. The way in which this philosopher deliberates, inspired on daily life but always rigorous, is an interesting exercise to rethink, in addition to the real world policies studied, teaching and research activities. Especially for teaching, it offers a rich set of essays that questions *Public Economics* and shows their suitability.

**Key words:** Political Economy, interventionism, liberalism, independent learning

**JEL Codes:** A13, H10, P10